Culturas

La Opinión de Tenerife

SUPLEMENTO DE CULTURA

NÚMERO 350

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE DE 2017

- ‘ASIMETRÍA’, EL MUNDO POÉTICO DE ZAGAJEWSKI (3)
- DOS NACIONALIDADES PARA UN PREMIO NOBEL (5)
- NICHOLAS NIXON Y LAS HERMANAS BROWN (7)



Charles Simmons (1924), editor de ‘The New York Times Book Review’, en una imagen de 1968. ARTHUR BROWER

Las lágrimas también son saladas

Primera traducción al castellano del critico y editor literario neoyorquino Charles Simmons, una novela sobre el amor adolescente y el amor adulto que tanto tienen en común

MANUEL ARRANZ

“En la vida uno no obtiene lo que quiere por desearlo; uno obtiene lo que la vida le da”. Incontestable, a mi juicio. Aunque habrá quien no esté de acuerdo. Sobre todo aquellos a los que la vida les ha dado más de lo que merecían.

La mayoría de nosotros vivimos con ideas equivocadas sobre la vida. Y vivimos con ideas equivocadas porque la vida no es de una determinada manera, y porque en contra de lo que piensan algunos, el paso de los años no nos hace conocerla mejor. La experiencia es una palabra vacía, no significa nada, no nos enseña nada. Y la edad nos hace más frágiles, más inseguros, más ingenuos, más incautos. No descubro nada nuevo.

El protagonista y narrador al mismo tiempo de *Agua salada*, una genial novela que incomprensiblemente ha permanecido inédita en nuestro país hasta hoy, no sabe nada de eso, es más, piensa todo lo contrario. Es un adolescente que admira a su padre, quiere a su madre, y se enamora fácilmente de las chicas guapas. ¡Qué tiempos aquellos! Y nos cuenta un verano de 1963. Una magistral novela sobre el amor, y la palabra magistral no es casual y debe entenderse en todos sus sentidos y acepciones. Una novela sobre el amor adolescente y sobre el amor adulto que tanto tienen en común. Sobre el amor que creemos sentir, sobre el amor de los otros que nos duele, sobre el amor que no merecemos, que no merece nadie, y que se nos da y se nos quita con la misma facilidad.



Agua salada
CHARLES SIMMONS
Errata Naturae
168 páginas

En *Agua salada* vemos cómo una complicada red de sentimientos y emociones se va tejiendo de forma natural en torno a unos personajes que ven cómo sus lazos familiares y de amistad se anudan y se desatan sin que puedan, ni quieran, evitarlo. Ya nunca nada será igual. Otros lazos vendrán a sustituir a los rotos, tan frágiles como ellos. Ya nunca nada será igual. El lector comprende muy pronto que todo puede quedar en nada, una tormenta de verano, del verano de 1963, que la marea volverá a arrastrar al mar los pecios del naufragio y dejará la playa limpia otra vez. Pero también que puede desatarse una tempestad que arrase con todo a su paso. El cielo se va nublando poco a poco, cargando poco a poco, llenando de malos presagios, o de presagios a secas, pues los presagios, como los sueños, casi siempre son malos.

Cuando decimos de una novela que se lee de un tirón, generalmente nos estamos refiriendo a cualidades extraliterarias. La intriga, el misterio, el argumento, el punto de vista, el humor, y a una serie de trucos *de eficacia probada* como se suele decir, que se enseñan en los talleres de escritura. No es el caso de *Agua salada*, que también se lee de un tirón. El narrador, ya en la magistral primera frase, nos desvela el misterio, si es que puede llamarse así, que yo creo que no, pero no se me ocurre de momento nada mejor, lo que contraviene, dicho sea de paso, la norma más elemental de la intriga; pero aquí no estamos hablando de intriga, sino de algo más serio. La frase dice así: “En el verano de 1963 yo me enamoré y mi padre se ahogó”. Pues bien, ya conocemos el final, así que no es eso lo que mantiene nuestra atención en suspenso, a la que yo tampoco llamaría así. El punto de vista, quizá esto sí que haya que tenerlo en cuenta, es el de un adolescente que observa lo que ocurre a su alrededor y lo que ocurre en su interior. Sucesos nimios, cotidianos, un paseo por la playa, una conversación pillada

Pasa a la página siguiente >>

La Opinión de Tenerife
SÁBADO, 14 DE OCTUBRE DE 2017

Lecturas

>> Viene de la página anterior

al vuelo, un silencio acusador o cómplice, una mirada indiscreta, cosas todas ellas aparentemente intrascendentes, pero que son las cosas por las que transcurre la vida, unas veces apaciblemente y las más desapaciblemente. No esperamos sorpresas, la sorpresa es la vida misma que transcurre ajena a nuestros deseos e ideas sobre ella. Esa vida cuyo secreto creemos que los adultos conocen, o mejor aún, que ya no tiene secretos para ellos, que saben lo que hacen y porqué lo hacen, hasta que un día descubrimos que se encuentran tan indefensos, tan confusos, tan perplejos como nosotros mismos, sólo que algo más endurecidos por el sufrimiento y las decepciones. Hasta que un día descubrimos que ellos también sufren y hacen sufrir y mienten como nosotros. ¿Descubrimiento que marca la entrada en la edad adulta? O dicho de otro modo: el paso de la inocencia a la experiencia que nos enseña aquello que no queremos aprender, que nos enseña que aprender es inútil y no sirve de nada en la vida.

'Agua salada', aclamada por la crítica por su calidad literaria, por el desarrollo de su intriga y por la hondura de sus reflexiones, es pura narrativa de la buena

Seguramente. Un argumento vulgar en efecto, pero una novela genial, una novela que hace honor al género. No, no leemos para entretenernos, ni para pasar el tiempo, ni para ser más cultos, ni por todas esas razones espurias por las que nos dicen que leemos. Leemos para conocernos mejor. Leemos para tolerarnos mejor, para soportarnos mejor. Leemos para poder perdonarnos unos a otros.

Charles Simmons (1924), editor del prestigioso *The New York Times Book Review*, reconocido crítico literario, ha llegado a ser comparado con Salinger tanto por la calidad de sus escritos como por lo exiguo de su obra, de la que se traduce por primera vez al castellano esta *Agua salada* (1998), novela de tanta calidad (formal, estilística, humana, lo que quieran...) que es imposible que pase desapercibida, y que agradecerá cualquier lector de novelas por exigente que sea.

Y ahora la moraleja: "Todo el mundo tenía una copa en la mano. Un hombre se acercó a la mujer que estaba a mi lado y le dijo: 'Yo a usted la conozco'. 'Fui tu segunda mujer', le respondió ella".

Palabrerías de política y prensa

La exdiputada Irene Lozano analiza cómo los poderes utilizan la semántica y la gramática en detrimento de la gente honesta

TONINO GUITIÁN



La exdiputada Irene Lozano. Reconocida como uno de los nuevos talentos de la política durante su etapa como diputada de UPyD, Lozano disputó y perdió las primarias de su partido para terminar en el PSOE, donde no fue bien recibida. Abandonó entonces el primer plano de la política para regresar a su faceta de escritora y periodista. Es lingüista y diplomada en Filosofía por la Universidad de Londres.

El uso y abuso de las palabras en el lenguaje político y periodístico ha supuesto un auténtico saqueo de la imaginación. Términos como "progreso", "libertad", "pueblo", "conservador" o "democracia" ya sólo signi? can lo que sus usuarios quieren que signi? quen. La exdiputada y ?lóloga Irene Lozano (Madrid, 1971) lo desvela en *El saqueo de la imaginación* con cierto distanciamiento irónico

"Nosotros somos cultos, ingeniosos, cínicos exponentes del materialismo y el nihilismo, y predicamos una sofisticada doctrina de negación filosófica. Nuestra característica principal es el escepticismo; la incapacidad de creer en nada". El dramaturgo esloveno Livija Pandur hace recitar estas dos simples frases a Valentín, en su versión del *Fausto* de Goethe, en una impresionante descripción de esa parte de nuestra sociedad actual más cercana a lo que se ha dado en llamar "el Demonio".

De este cinismo moderno como forma de comunicación trata el libro de la también periodista y escritora Irene Lozano, curtida durante años en la política, que describe como algo cruel que expulsa a mucha gente honesta y tritura el sentido del humor. "Estar muerto puede llegar a ser muy divertido, créeme –le explica a Pedro Sánchez en un reciente artículo–. Saca uno tiempo para leer a Marco Aurelio y saborear unas lentejas".

Aprovechando la redefinición de esos términos públicos desprovistos de su sentido real, que circulan como moneda de cambio en discursos, discusiones televisadas y redes sociales ("progreso", "conservador", "libertad", "democracia"), Irene Lozano analiza cómo los diferentes poderes utilizan la semántica y la gramática en detrimento de la gente honesta. Recuenta los trucos lingüísticos *neocom* que han usado el diccionario de la Real Academia para convertir al "imputado" en "investigado". Para ello hace un repaso a la historia reciente que apoya con una extensa bibliografía, notas y agradecimientos. No se trata únicamente del engañoso descontrol del contenido de las frases y las palabras, sino también de sus formas: desde George W. Bush postulándose como "disidente" ante Saad Eddin Ibrahim, al discurso del *Apocalipsis*. Todo ello pasando por la confusión de términos extranjeros que, traducidos, no significan lo mismo en nuestro semánticamente atrasado país, en el que alguien como Ana Botella pudo equivocarse a la vez que estar en lo cierto al decirle con toda tranquilidad a Pedro Zerolo: "Usted no va con los tiempos".

Como las causas son los logaritmos de los efectos, las consecuencias de estos usos ya se están haciendo notar en el caos informativo y de gobierno creado a nivel global. No en vano las Humanidades han corrido la suerte de las herejías que entran en conflicto con el dogma establecido.

El lector encontrará ciertos relámpagos de humor, tal vez no completamente voluntarios, en las paradojas del uso de esas definiciones que pasan tantas veces por nuestro cerebro sin darnos cuenta de que acaban por perder el sentido. Algo que entronca con la literatura del absurdo de finales del XIX, heredera de los símbolos y las sorpresas existenciales de la época, tan verosímiles y a la vez tan alejados de la realidad.

Lo más consolador, dentro de este intrincado juego de referentes formados con espejos y trampas por nuestras propios apetitos, es la placidez epicúrea elegida por su autora, alejada de la habitual mala sangre de tantos otros autores en los mismo temas. Demuestra con ello que la felicidad es una cuestión voluntaria. Decir las estupideces que dicen los demás, hablar como todos o expresarse de una manera distinta deriva de nuestra disposición a pagar un impuesto de lujo, no sólo sobre el buen gusto y la inteligencia, sino sobre el derecho de saber vivir.



El saqueo de la imaginación
IRENE LOZANO
Debate
232 páginas